

acamparnos en El Jamié, á una hora de la tribu El Hassné, y á dos jornadas de Hama. Al quinto dia el Drayhy nos anunció que habia alcanzado una gran victoria, y poco despues llegaron los camellos, carneros, caballos, armas y demas botin cogido al enemigo. Los hombres que se habian quedado en las tiendas guardando el bagage, salieron al encuentro de los vencedores á pedir la parte de botin á que tienen derecho y pronto vimos llegar el ejército triunfante.

El Drayhy habia sorprendido á Mehanna algo de improviso, durante la ausencia de Nasser, pero como la tribu de Hassné lanzó su clamor de guerra, los combatientes se hallaron casi iguales en número, y la batalla duró hasta la noche. Nuestros guerreros, despues de haber perdido veintidos de los suyos y de haber hecho perder doble número al enemigo, se habian apoderado de sus ganados: Zaher cogió la yegua de Farés, hijo de Mehanna, lo que es entre los Beduinos gloriosísima hazaña.

Despues de su derrota, pasó Mehanna el Oronte, al norte de Hama, y fué á acamparse junto á Homs, para esperar á los Osmanlís y volver con ellos á tomar su revancha. Efectivamente, al quinto dia, acudieron los pastores gritando que los Turcos, conducidos por Nasser, se habian apoderado de los rebaños: al punto todos nues-

tros guerreros se lanzan en su seguimiento, los alcanzan, y les dan una batalla mas terrible que la primera, durante la cual el enemigo hizo pasar á su campamento una gran parte de nuestros ganados. La victoria quedó por los nuestros, que cogieron numerosos despojos á los Turcos, pero la pérdida de nuestros rebaños era considerable. Solo perdimos doce hombres, entre los cuales se hallaba el sobrino del Drayhy, Alí, cuya muerte fue universalmente llorada. Su tio pasó tres dias sin comer, y juró por el Dios todopoderoso que daria muerte á Nasser, para vengar la de Alí.

Diariamente se repetian los ataques; los Osmanlís de Damasco, de Homs y de Hama estaban consternados y procuraban reunir á todos los Arabes del Horan y de la Idumea. Llegaron varias tribus del desierto, unas para reforzar al Drayhy, y otras á Mehanna. Ninguna caravana podia pasar de un pueblo á otro: en casi todas las refriegas, el Drayhy sacaba la mejor parte. Un dia, por una coincidencia singular, Farés nos arrebató ciento veinte camellos que estaban pastando á dos leguas de las tiendas, mientras que en el mismo instante Zaher les arrebataba igual número de los suyos: esta espedicion simultanea fué causa de que ni uno ni otro fue perseguido, y así pudieron ambos llevarse su presa; pero

aquella guerra de represalias, de botin y de baños debia tomar en breve un caracter de ferocidad y esterminio. Dieron la señal de esta terrible mudanza los Tureos Dallatis, al mando de Nasser, que, habiendo arrebatado á la tribu Benny Kraleb dos matronas y una doncella, se las llevaron á la aldea Zany el Abedin; Nasser entregó las matronas á los soldados, y dió al agá la doncella que, en mitad de la noche, vengó su honor dando de puñaladas al Turco dormido. Su vigoroso brazo le traspasó el corazon dejándole muerto en el acto; luego, saliendo cautelosamente, se volvió á su tribu, y por todas partes difundió la indignacion contra los Beduinos que juraron morir ó dar muerte á Nasser, y llenar jarros con su sangre para distribuírselos á las tribus en memoria de su venganza.

No tardó mucho en llegar el castigo: habiéndose trabado una refriega entre una partida al mando de Zaher y otra al de Nasser, estos dos caudillos, que se aborrecian, se arremetieron uno á otro con el mayor encarnizamiento, quedando los Beduinos de ambos bandos meros espectadores de aquel combate entre dos guerreños iguales en denuedo y destreza. Larga y terrible fué la lid; al cabo Nasser, rendido de cansancio su caballo, no pudo esquivar una lanzada de Zaher que le atravesó de parte á parte con lo que

cayó exánime; sus ginetes huyen ó entregan sus caballos¹. Zaher dividió en trozos el cuerpo de Nasser, le metió en una *cufa*² y le envió al campamento de Mehanna por medio de un prisionero á quien cortó las narices: — en seguida se volvió á su tribu, contentísimo de su venganza.

Envió Mehanna á pedir socorro á los Beduinos de Chamma (Samarcandia), de Negdde y á los Wahabi, quienes prometieron acudir en el año siguiente, pues ya habia llegado la ocasion de retirarse hácia el Oriente. Como estábamos acampados muy cerca de Corietain, propuse ir á buscar á Jeque Ibrahim, á lo que accedió gustoso el Drayhy, y para ello me dió una buena escolta. No puedo pintar el placer que tuve en volver á ver al señor Lascaris, que por su parte me recibió con los brazos abiertos: yo le queria como á un padre, pues nunca conocí al mio, que perdí siendo muy niño. Empleé la noche en contarle cuanto habia pasado: al dia siguiente, despidiéndonos de nuestros amigos, el cura Moussi y el jeque Selim, me llevé á Jeque Ibrahim que fué recibido por el Drayhy con los mayores agasajos: el dia de nuestra llegada nos dió un gran

¹ Cuando un Beduino abandona voluntariamente su caballo al enemigo, este no puede matarle ni hacerle prisionero.

² Especie de canasto de junco

festin de carne de camello, que me pareció menos mala que la primera vez, pues ya empezaba yo á acostumbrarme á los alimentos de los Beduinos. Los camellos destinados para la matanza son blancos como la nieve, y nunca los cargan ni los fatigan; su carne es roja y muy crasa; las camellas tienen mucha leche; los Beduinos la beben continuamente y dan el sobrante á sus caballos de raza, á quienes esta bebida fortifica mucho: así consumen toda la leche porque no sirve para hacer manteca. Al fin acabamos por hallarla mas sabrosa que la de cabra ó de oveja.

Un ataque de los Wahabi, á poco de la llegada del señor Lascarís, hizo perder al Drayhy algunos ginetes y muchas cabezas de ganado. Al dia siguiente, Jeque Ibrahim me llamó aparte y me dijo: -- «Estoy contento del Drayhy: este es «seguramente el hombre que necesito; pero es «indispensable que llegue á ser el jefe general «de todos los Beduinos, desde Alepo hasta las «fronteras de la India; á tí te toca negociar este «asunto por amistad, por amenazas ó por astucia, pues es preciso que se lleve á cabo.»

— «Difícil encargo me dais, le dije; cada tribu tiene su jefe: los Beduinos son enemigos «de la dependencia, y nunca se han sometido á «ningun yugo; temo, si os empeñais en seme-

«jante negociacion, que os suceda algun percance.»

— «Pues ello es absolutamente preciso, repuso el señor Lascarís, con que, usa aquí de «toda tu capacidad; sin eso nada podremos conseguir.»

Mucho tiempo discurri en los medios de entablar esta negociacion. El primer punto era inspirar á los Beduinos una alta idea de Jeque Ibrahim, y para conseguirlo, como son supersticiosos y crédulos con exceso, preparamos algunos experimentos químicos con fósforo y pólvora, esperando dejarlos pasmados. Efectivamente, por la noche, cuando los principales de la tribu estuvieron reunidos bajo la tienda del Drayhy, Jeque Ibrahim, con ademan majestuoso y suma destreza, produjo efectos que los dejaron estupefactos: desde entonces fué para ellos un hechicero, un mago ó, mas bien, una divinidad.

Al dia siguiente me llamó el Drayhy y me dijo: — ¡Oh Abdalla! «tu patron es un Dios.» — No, «le respondí, no es mas que un profeta; lo que «habeis visto ayer no es nada en comparacion «del poder que ha adquirido con su profunda «sabiduria; es un hombre único en este siglo. «Sabed que, si él se empeña, es capaz de hacer «ros rey de todos los Beduinos: ha reconocido «que el cometa que se apareció hace algun tiem-

« po era vuestra estrella, que es superior á las
 « de todos los Arabes, y que si seguís en un
 « todo sus consejos, llegareis á ser poderosísi-
 « mo. » — Esta idea le agradó sobre toda pon-
 deracion : el deseo del mando y de la gloria se
 despertó con vehemencia en su alma y, por una
 coincidencia verdaderamente extraordinaria, yo
 habia adivinado el objeto de su supersticion,
 pues exclamó apenas hube acabado : « ¡ Oh Ab-
 « dalla ! veo que dices la verdad y que tu patron
 « es realmente un profeta ; yo tuve un sueño
 « hace algun tiempo en el que un reguero de
 « fuego, desprendido de un cometa, cayó sobre
 « mi tienda y la consumió, y tomé aquel fuego
 « en mi mano y no me quemó. Aquel cometa era
 « seguramente mi estrella. » — Entonces llaman-
 do á su muger, le dijo que me repitiese ella mis-
 ma aquel sueño cual él se le habia contado al
 despertarse. Aprovechéme de aquella circunstan-
 cia para dejar mas y mas asentada la superioridad
 de Jeque Ibrahim, y el Drayhy me prometió
 seguir en lo sucesivo todos sus consejos. El se-
 ñor Lascaris, encantado de estos felices princi-
 pios, eligió entre sus mercancías un bellissimo
 regalo para el Drayhy, que lo aceptó con el ma-
 yor placer, y vió en él la prueba de que no le
 hacíamos la corte con la mira de enriquecernos.
 Desde entonces nos hizo comer con su muger y

sus nueras en el interior de la tienda, en vez de
 comer en el *rabha* con los forasteros. Su muger,
 descendiente de una gran familia y hermana de
 un ministro de Ebn Sihoud, se llama Sugar, y
 goza de una alta reputacion de valor y generosi-
 dad.

Mientras establecíamos nuestra influencia so-
 bre el Drayhy, un enemigo subalterno trabajaba
 en la sombra en echar por tierra nuestras espe-
 ranzas y perdernos. En cada tribu hay un buho-
 nero que vende á las mugeres géneros que trae de
 Damasco ; el de la tribu, llamado Absi, ocupaba
 ademas el empleo de amanuense del Drayhy, pe-
 ro desde que nosotros llegamos, perdió juntamen-
 te su empleo y sus parroquianos, por lo que natu-
 ralmente nos cobró mucho rencor y procuró por
 todos los medios posibles calumniarnos en el con-
 cepto de los Beduinos, empezando por las muge-
 res, á quienes persuadia que éramos unos mági-
 cos, que queríamos llevarnos á las doncellas á un
 pais lejano, y echar un sortilegio á las casadas
 para que no tuviesen mas hijos ; que de este mo-
 do se acabaria la raza de los Beduinos, y los
 Francos irian á conquistar y tomar posesion del
 pais. Pronto vimos el efecto de sus calumnias,
 sin conocer la causa ; las doncellas huian cuando
 nos acercábamos ; las casadas nos decian de-
 nuestos ; las viejas se propasaban hasta el punto

de amenazarnos : entre aquellos pueblos ignorantes y crédulos, donde las mugeres tienen sumo crédito, el peligro era inminente para nosotros. Al cabo descubrimos los amaños de Absi, y se los declaramos al Drayhy, que quiso darle muerte inmediatamente, y no poco trabajo nos costó obtener que solo se le echaria de la tribu, con lo que no logramos mas que estender á otro punto su encono contra nosotros. Una aldea, llamada Mohadan, tributaria en otro tiempo de Mehanna, habia llegado á serlo del Drayhy desde sus últimas victorias, y habiendo este enviado á pedir á dicho pueblo mil piastras que le debia, los vecinos, á instigacion de Absi, maltrataron al mensajero del emir, quien tomó venganza de aquel desafuero arrebatándoles sus ganados. Persuadió Absi á los gefes del pueblo que fuesen con él á Damasco á declarar al Capidji Bashi que dos espías francos se habian apoderado de la confianza del Drayhy, le hacian cometer todo linage de injusticias y procuraban apartar á los Beduinos de su alianza con los Osmanlís. Esta delacion fué llevada á oídos del visir Soliman Bajá, que envió un *chokredar* al Drayhy con una carta amenazadora que acababa por mandarle que entregase los dos infieles á aquel enviado, quien los llevaria maniatados á Damasco donde serian ajusticiados para escarmiento.

Furioso el Drayhy de la insolencia de aquella carta, dijo al ministro musulman : — « Por el que creó el cielo y la tierra, que sino estuvierais bajo mi tienda os cortaria la cabeza y la ataria á la cola de mi caballo, que llevaria así mi respuesta al visir. En cuanto á los dos estrangeros que están conmigo, no los entregaré sino con la vida : si los quiere, que venga á quitármelos por fuerza de armas. »

Llamé entonces aparte al Drayhy y le rogué que se calmara y me dejase arreglar aquel asunto.

Yo sabia que el señor Lascaris tenia relaciones de amistad con Soliman-Bajá, y que una carta suya produciria un efecto á que no se esperaba el Drayhy. El señor Lascaris, mientras estuvo con la espedicion francesa en Egipto, se casó con una Georgiana, llevada por las mugeres de Murad Bey, que resultó ser sobrina de Soliman Bajá : con el tiempo tuvo ocasion de ir á Acre, su muger se hizo reconocer por pariente del bajá, y este la colmó de atenciones y de regalos, igualmente que á su marido.

Escribió pues el señor Lascaris á Soliman Bajá, esplicóle que los supuestos espías eran él y su dragoman Fatalla Sayeghir ; que cuanto le habian dicho contra el Drayhy era falso, y que era,

por el contrario, muy del interés de la Puerta tenerle por amigo y favorecer su preponderancia sobre los demas Beduinos. El *chokredar*, que temblaba por su vida, se dió prisa á llevar esta carta á Damasco, y volvió dos dias despues con una respuesta de las mas amables para Jeque Ibrahim, y una segunda carta para el Drayhy, cuyo contenido era el siguiente: despues de muchos cumplimientos al emir, añade: « Hemos recibido una carta de nuestro querido amigo el gran Jeque Ibrahim que destruye las calumnias de vuestros enemigos y da los mejores testimonios de vos. Vuestra sagacidad nos es notoria; en lo sucesivo, os autorizamos á mandar en el desierto á vuestro arbitrio. No recibireis de nuestra parte mas que proceder de amigo; os consideramos mas que á vuestros iguales y os recomendamos nuestros muy amados Jeque Ibrahim y Abdalla. Su contento acrecentará nuestra amistad hácia vos, etc. » El Drayhy y los otros gefes se admiraron mucho del gran crédito del Jeque Ibrahim sobre el bajá, y este incidente llevó al extremo su consideracion hácia nosotros.

Ya he dicho que al Drayhy le llamaban por sobrenombre el esterminador de los Turcos: pregunté el origen de esta calificacion y he aquí lo que me contó el Jeque Abdalla. Un dia, ha-

biendo robado el Drayhy una caravana que iba de Damasco á Bagdad, el bajá sumamente irritado, pero no atreviéndose á vengarse abiertamente, disimuló segun la costumbre de los Turcos, y le instó, con lisongeras promesas, á ir á Bagdad. El Drayhy, franco y leal, no sospechando ninguna traicion, fué á ver al bajá con su ordinario séquito de diez hombres, é inmediatamente le cogieron, le ataron, le sepultaron en un calabozo y le amenazaron con cortarle la cabeza si no daba, por su rescate, mil bolsas (un millon de piastras), cinco mil carneros, veinte yeguas de raza kahillan y veinte dromedarios. Dejó el Drayhy sus hijos en rehenes, fué á buscar aquel enorme rescate, y apenas le hubo pagado, no pensó mas que en la venganza. Saquéó las caravanas y los pueblos y prontola ciudad de Bagdad se halló bloqueada. Reunió entonces el bajá sus tropas y salió con un ejército de 50,000 hombres y alguna artillería contra el Drayhy que, apoyado por algunas tribus aliadas, sostuvo la batalla por espacio de tres dias seguidos; pero viendo este que no alcanzaba ninguna ventaja decisiva, se retiró de noche en silencio, flanquéó el ejército del bajá, y colocándose entre él y Bagdad, le atacó de improviso por muchos puntos á la vez. Sorprendido de noche por el lado donde se hallaba sin defensa, apoderóse el ter-

ror del campo enemigo; desbándose el ejército Osmanlí y el Drayhy hizo en él gran carnicería, apoderándose además de un inmenso botín; el bajá solo se escapó á duras penas y se encerró en Bagdad. Tal espanto inspiró esta proeza á los habitantes que, aun despues de la paz, su nombre siguió siendo un objeto de temor para ellos. Otros muchos triunfos del Drayhy me contó Abdalla, y acabó diciéndome que le gustaban mucho la grandeza y las dificultades, y queria someterlo todo á su dominio.

Estas eran cabalmente las cualidades que Jeque Ibrahim queria hallar en él, por lo cual se afianzó mas y mas en su proyecto de hacerle dueño de todas las otras tribus; pero los Wahabi eran para él terribles adversarios que, pocos dias despues, cayeron sobre la tribu de Would Alí y se estendieron por el desierto para obligar á todos los Beduinos á pagarles un diezmo. Atemorizadas por la proximidad de aquellos formidables guerreros, varias tribus iban á someterse, cuando Jeque Ibrahim persuadió al Drayhy que su honor estaba empeñado en salir á campaña y declararse protector de los oprimidos. Alentadas por su ejemplo, todas las tribus, escepto las de El Hasenné y de Beni-Sakrer, hicieron alianza con él para resistir á los Wahabi. Salió el Drayhy con un ejército de cinco mil ginetes y de dos

mil *mardouffs*, y en diez dias no recibimos noticias suyas, con lo que estaba el campamento en suma inquietud, y aun empezaban á manifestarse sintomas de gran descontento contra nosotros, los instigadores de aquella peligrosa expedicion: probablemente hubiéramos pagado con la vida nuestra temeridad si hubiera durado mas tiempo la incertidumbre. El oncenno dia á las doce, llegó un ginete á rienda suelta, tremolando su faja blanca en la punta de su lanza y gritando:—« Dios nos ha dado la victoria. » Jeque Ibrahim hizo magníficos regalos al portador de aquella feliz nueva, que venia á sacar á la tribu de una angustia mortal, y á nosotros de un gran peligro; todas las mugeres imitaron su ejemplo, cada cual segun sus facultades, y luego se entregaron á bulliciosos regocijos. Clamores y danzas al rededor de las hogueras encendidas por doquiera; matanzas de reses y preparativos de festines para recibir á los guerreros, ponian al campamento en insólita agitacion, y todo aquel movimiento, ejecutado por mugeres, ofrecia el aspecto mas original que puede imaginarse. Al anoche, todos salieron al encuentro del ejército victorioso, cuya polvareda se veia alzarse á lo lejos. Apenas le encontramos, redoblaron los gritos; justas, carreras y todas las manifestaciones de júbilo posibles le acompañaron hasta el campa-

mento. Despues de la comida, nos hicimos contar las proezas de los guerreros.

Mandaba á los Wahabi un tremendo negro, medio salvage, llamado Abó-Nocta. Cuando se prepara al combate, quitase el turbante y las botas, se arremanga los brazos hasta los hombros, y deja casi desnudo su cuerpo que es de un tamaño y de una fuerza muscular prodigiosos; tiene la cara casi cubierta por una larga y crespa cabellera y una barba que nunca se ha afeitado; sus ojos llameantes bajo aquel velo y todo su velludo cuerpo hacen tan extraño como espantoso su aspecto. Alcanzó el Drayhy á tres dias de Palmira, en un terreno llamado Heroualma: el combate fué muy encarnizado por ambas partes, pero acabó con la fuga de Abó-Nocta que partió para el pais de Neggde dejando doscientos de los suyos en el campo de batalla. El Drayhy hizo buscar entre los despojos todo lo que habia sido robado á la tribu Would-Ali, y se lo devolvió, acto de generosidad que le concilió mas y mas el afecto de las otras tribus, que diariamente acudian á ponerse bajo su proteccion. Por todas partes cundió la fama de aquella victoria alcanzada sobre el terrible Abó Nocta: Soliman Bajá envió al vencedor una pelliza de honor y un magnífico sable. Poco despues de aquella batalla fuimos á acamparnos en la frontera del Horan.

Llegó un dia á ver al Drayhy un *mollah* turco, con el ancho turbante verde que distingue á los descendientes de Mahoma, un ropon blanco rozagante, los ojos tiznados y una barba inmensa; llevaba varias sartas de rosarios y el tintero en forma de puñal en el cinto. Iba montado en un burro y llevaba una flecha en la mano; el objeto de su venida era fanatizar á los Beduinos y escitar en ellos un gran celo por la religion del profeta, con el fin de adherirlos á la causa de los Turcos. Los Beduinos son estremadamente sencillos y francos; no comprenden las diferencias de religion, y no llevan á bien que les hablen de estas materias: son deistas, invocan la proteccion de Dios en todas las circunstancias de la vida, y le atribuyen sus triunfos ó sus reveses con humilde sumision, pero no tienen ninguna ceremonia obligatoria de culto, y no se pronuncian entre las sectas de Omar y de Alí que dividen á los Orientales. Nunca nos preguntaron cual era nuestra religion; cuando les dijimos que éramos cristianos, nos respondieron: — « Todos los hombres son las criaturas de Dios, y son iguales delante de él; nadie debe informarse de la creencia de los demas. » Esta discrecion de su parte convenia mas á nuestros proyectos que el fanatismo de los Turcos; así fué que la llegada del *mollah* dió alguna inquietud á Jeque Ibra-

him, que pasó á la tienda del Drayhy, donde halló ya entablada la conferencia, ó mas bien empezada la predicacion, predicacion que los jefes escuchaban con ademan descontento. Como, al llegar nosotros, se levantaron para saludarnos, el *mollah* preguntó quienes éramos, y cuando supo que éramos cristianos: — « Está prohibido, dijo, por las leyes de Dios, levantarse para infieles; todos sereis malditos por tener comercio con ellos; vuestras mugeres serán ilegítimas y vuestros hijos serán bastardos. Así lo decretó nuestro señor Mahoma, cuyo nombre veneran los siglos. »

Sin esperar el fin de su discurso, levántase furioso el Drayhy, le coge por la barba, le tira al suelo y desenvaina su sable; Jeque Ibrahim se precipita á él, le detiene el brazo, rogándole que se modere, y al fin el emir consiente en cortarle la barba en vez de la cabeza y le echa ignominiosamente.

Atacó el Drayhy á la tribu de Beni-Sakrer, la única que todavía se le oponia en el país, y la batió completamente.

Llegado que hubo el otoño, empezamos á volver hácia el levante. Al acercarnos á Homs, envió el gobernador al Drayhy cuarenta camellos cargados de trigo, diez *machlas* y una pelliza de honor. Un dia Jeque Ibrahim me llamó á un la-

do y me dijo: — « Vamos al desierto y se nos han acabado las mercancías: ¿ qué haremos? » — « Dadme vuestras órdenes, le respondí. Iré en secreto á Alepo á buscar lo que nos haga falta, y me comprometo á no hacerme conocer ni aun de mi familia. » Convenimos en que me reuniría con la tribu en Zour, y fuí á Alepo, donde me hospedé en un khan poco frecuentado y distante de todas mis relaciones. Envié á un extranjero á cobrar quinientos talarís en casa del corresponsal del señor Lascaris, lo que era un exceso de precaucion, porque con mi larga barba, mi vestido y mi lenguaje beduinos, ningun riesgo corria de ser conocido, de lo cual me convencí yendo á comprar yo mismo las mercancías al bazar; en él encontré á varios amigos míos, y me divertí en tratarlos con grosería; pero á aquellos momentos de alegres bromas sucedieron otros harto amargos. Continuamente pasaba yo y repasaba por delante de la puerta de mi casa, esperando ver á mi hermano ó á mi pobre madre: mis deseos de ver á esta última sobre todo, eran tan vivos, que veinte veces estuve á punto de quebrantar mi palabra, pero la conviccion de que no me permitiría volver con el señor Lascaris fortificaba mi valor, y al cabo de seis dias tuve que arrancarme de Alepo sin haber obtenido noticia alguna de mis parientes.